

UN MODESTO GALENO PUEBLERINO. LA CONSTRUCCIÓN DE LA FIGURA DE ARTURO ILLIA EN **CLARÍN** Y **LA NACIÓN**

Sebastián Settanni y Lucrecia Gringauz

Universidad de Buenos Aires / Universidad de San Martín (Argentina)

lucreg@hotmail.com / sebzet@gmail.com

Resumen

El trabajo analiza la identificación puesta en escena de la figura de Arturo Illia, por dos de los medios gráficos de mayor tirada de la Argentina: *Clarín* y *La Nación*. El corpus de análisis comprende las crónicas, notas de opinión y editoriales, publicadas por los mencionados medios, durante los siguientes períodos: 1) la conmemoración del derrocamiento del gobierno de Illia; 2) los tres días posteriores a la defunción del ex presidente radical; 3) su caída y la asunción de Onganía. En cada uno de los momentos se reconstruye brevemente el contexto en el que los acontecimientos suceden, con el objeto de inscribir las representaciones mediáticas construidas por la prensa en el imaginario de cada época debido a que los discursos de los medios están inmersos en el horizonte de lo decible y lo posible de cada momento histórico. La valoración por parte de la sociedad argentina hacia el sistema democrático y el rol de los medios de comunicación se constituyen como ejes destacados del análisis aquí propuesto.

Palabras clave: Illia - prensa escrita – golpe de Estado - democracia - representaciones

El objetivo de este trabajo es analizar de qué manera ha sido construida la figura de Arturo Umberto Illia por los diarios *Clarín* y *La Nación* (considerados como los principales medios gráficos de Argentina). Para ello, tomaremos especialmente en cuenta las bruscas y ambivalentes transformaciones respecto de la valoración hacia el sistema democrático (en tanto sistema político tendiente al respeto de los derechos y garantías establecidos en la Constitución Nacional) por parte de la sociedad argentina. Más allá de las caracterizaciones que en cada período articularon la relación de la sociedad local con las instituciones, con los ya mencionados derechos y garantías, y con la autoridad democrática; los hechos obligan a considerar, desde 1912 en adelante, la existencia de una democracia entrecortada, alterada por numerosas interrupciones de la constitucionalidad, marcada por el fraude electoral y las proscripciones. Es decir, una democracia cuya legitimidad ha sido reiteradamente cuestionada.

Sin dudas, y en virtud del lugar que los medios masivos de comunicación ocupan en las sociedades modernas, sus construcciones discursivas no pueden considerarse ajenas a esas transformaciones y cuestionamientos respecto de la organización política de la Nación. Actores importantes en la configuración de lo que podríamos denominar “clima de ideas”, los medios de comunicación (en tanto inmersos en dicho clima a la vez que partícipes necesarios en su construcción) intervienen también como factores de poder. No obstante, desecharemos aquí cualquier interpretación tendiente a considerar a los medios masivos de comunicación como meros instrumentos manipulatorios, ya que eso nos obligaría a sostener que la actitud de los receptores/consumidores no tiene más dimensiones que la de la absoluta pasividad ante unos mensajes que escapan a su control y producción. Al respecto, Martini destaca que la intención de los medios de comunicación es la construcción de un discurso verosímil entendido como aquel que “coincide con un discurso generalizado en la sociedad, el del sentido compartido por algunos (amplios o no) sectores de una sociedad” (1). Precisamente, creemos que es en la interacción de los discursos construidos y puestos a circular por los medios masivos con otros discursos, ideas e interpretaciones, en donde el análisis comunicacional puede adquirir consistencia y densidad histórica.

En este caso, nos abocaremos a analizar los discursos construidos por dos de los diarios de mayor tirada y circulación en nuestro país, como son *Clarín* y *La Nación*. A fin de abordar el tema propuesto, centraremos nuestra atención en tres momentos históricos de particular relevancia en lo que refiere a la relación de la figura del Dr. Illia con el régimen democrático. Por lo tanto, el corpus que hemos construido incluye los ejemplares de los diarios *Clarín* y *La Nación* de los siguientes períodos: 1) la conmemoración del derrocamiento del gobierno de Illia, entre el 25 y el 30 de junio de 2006; 2) los tres días posteriores a la defunción de Arturo Illia, el 19, 20 y 21 de enero de 1983; 3) la caída de Illia y la asunción de Onganía; período comprendido entre el 24 de junio y el 2 de julio de 1966.

Además del análisis de los discursos de los medios, nos parece pertinente presentar una sucinta reseña de la vida política de Arturo Illia, en tanto dirigente prominente de uno de los partidos políticos más importantes de nuestro país, como también una breve contextualización de cada uno de los momentos abordados.

Una vida política

La primera experiencia de Illia en un cargo público fue en una banca en el senado provincial de Córdoba, en 1936, luego de la asunción del dirigente radical Amadeo Sabattini como gobernador de la provincia. Ya en 1940, Illia fue electo vicegobernador de Córdoba, cargo que ocupó hasta el golpe de Estado de junio de 1943. Ligado a la fracción sabattinista del radicalismo, Tcach y Rodríguez (2006) destacan su estricto respeto a las libertades individuales, su pronunciamiento por la neutralidad frente a la Segunda Guerra Mundial, su reformismo social y la negativa a establecer coaliciones políticas para derrotar a Perón. Sin embargo, Illia, familiarizado con el universo ideológico de la Reforma Universitaria de 1918 y ligado a un ideario americanista, antiimperialista, pacifista, reformista y laico, veía a Perón como un líder demagógico con un eficaz aparato de propaganda política. Su concepción del peronismo, en este momento, no era en absoluto distante de la propugnada por los líderes del golpe de Estado de 1955 que “caracterizaron al régimen peronista como una dictadura totalitaria y, en consecuencia, levantaron los estandartes de la democracia y la libertad proponiéndose como objetivo el restablecimiento del régimen parlamentario y el sistema de partidos” (2).

Institucionalizada legalmente la división del radicalismo en 1957, Illia ganó las elecciones internas y se convirtió en delegado del comité nacional de la Unión Cívica Radical del Pueblo (U.C.R.P.); cargo en el que fue reelegido en mayo de 1959. En el ámbito interno, el capital político de Illia iba en marcado ascenso, y se incrementó al triunfar en las elecciones provinciales del 18 de marzo de 1962 con una concurrencia a las urnas superior al 90% del padrón electoral. Ocurrida la muerte de Amadeo Sabattini en febrero de 1960 y luego de la victoria electoral, la figura de Illia se convertiría en un referente de peso en Córdoba, con posibilidad de proyectarse en el nivel nacional.

En junio de 1962, con el derrocamiento de Frondizi, comenzó a organizarse la campaña “Illia presidente”. Su candidatura fue oficialmente aprobada por el partido en marzo de 1963 gracias a un acuerdo entre el sector sabattinista y el balbinista. En los comicios, la U.C.R.P. obtuvo el 25.15% de los votos y logró plasmar acuerdos con los partidos provinciales y minoritarios para lograr su triunfo en el colegio electoral.

De acuerdo con lo planteado por Cavarozzi (2002), a partir de 1956 fueron emergiendo tres posiciones entre los grupos antiperonistas: la del populismo reformista, la desarrollista y la liberal. Es en la primera de dichas posiciones donde es posible ubicar al gobierno de Illia, sobre todo en materia económica. Las características que asumió la posición populista-reformista tienen que ver con la promoción simultánea de los intereses de la clase obrera y la burguesía urbana, y con la puesta en práctica de una política económica de corte nacionalista para limitar la presencia del capital extranjero en los sectores de energía, comunicaciones y de producción de bienes de capital.

En referencia a la consideración para con el peronismo, hacia principios de los 60, es posible observar en los radicales del pueblo un viraje que los aleja de las posiciones proscriptivas (que defendían la mayoría de los sectores militares) y los acerca a los radicales intransigentes, partidarios de la gradual legalización del peronismo.

Illia presidente

Durante la presidencia de Illia, fueron dos las medidas de mayor resonancia pública e histórica: la anulación por decreto de los contratos petroleros firmados por Frondizi y el impulso a la ley de medicamentos que, entre otras cosas, definía a los remedios como “bienes sociales”. Ambas decisiones generaron enojo en los gobiernos de Estados Unidos y Suiza respectivamente, y consecuentes amenazas relativas a la suspensión tanto de la ayuda económica como del refinanciamiento de la deuda externa argentina con el Club de París. En el orden local, las asociaciones de empresarios industriales y rurales criticaron el intervencionismo estatal en el ámbito de la economía, debido a las políticas de control de precios y los aumentos salariales, y la inacción frente a las huelgas generales y ocupaciones de fábricas llevadas adelante por la C.G.T. Los empresarios veían al “populismo radical” como una continuación del “populismo peronista”, y exigían reprimir las protestas de los obreros. La central obrera, en conjunto con las “62 Organizaciones”, fueron opositoras a cualquier medida adoptada por el gobierno nacional; incluso luego de la aprobación de la ley del salario mínimo, vital y móvil que beneficiaba a los trabajadores. Sin embargo, Illia nunca abandonó la ilusión de disputarle al peronismo la identidad política de los trabajadores.

A pesar de las numerosas voces críticas de entonces, los investigadores del período afirman que el gobierno de Illia fue exitoso en materia económica: logró la superación del ciclo recesivo, el crecimiento del producto bruto interno, el aumento del salario real y la disminución del desempleo. También cuenta con amplio consenso la mirada que reivindica el respeto de los derechos civiles, la libertad de prensa y la independencia de los poderes durante su gobierno. No obstante, hubo dos cuestiones de peso que no hallaron resolución y que, sin duda, fueron factores determinantes a la hora del golpe de Estado de 1966: la cuestión militar y el peronismo.

Efeméride: la construcción de un aniversario

El 28 de junio de 2006 se cumplió el cuadragésimo aniversario del derrocamiento del presidente Arturo Umberto Illia y del comienzo de la dictadura militar encabezada por Juan Carlos Onganía. Los principales actos conmemorativos previstos para ese día en la Capital Federal incluían la realización de una misa en la Catedral metropolitana, la entrega por parte de algunos representantes de la Unión Cívica Radical de una ofrenda floral al busto del ex presidente situado en la Casa de Gobierno, la convocatoria a una concentración en el panteón del Cementerio de la Recoleta –donde reposan los restos del ex presidente- y la ejecución de un acto académico en el Salón del Colegio Nacional Buenos Aires.

Más allá de los discursos ofrecidos durante la conmemoración, al día siguiente, el 19 de junio de 2006, el hecho que los matutinos construyeron como noticia (3) fue la negativa con que se toparon los dirigentes del partido radical (entre ellos, el ex presidente Raúl Alfonsín) al intentar realizar el homenaje y entregar la ofrenda floral en el salón de los Bustos de la Casa Rosada. Tanto *La Nación* como *Clarín* presentaron el suceso dejando lugar a ciertas suspicacias en relación con el carácter opositor de la UCR respecto del gobierno de ese momento (nos estamos refiriendo a la presidencia de Néstor Kirchner, quien es referente del Partido Justicialista). Tal como lo planteó *La Nación*: “sea por error, apego a las normas o picardía mal entendida, el Gobierno no dejó ayer entrar a la Casa Rosada al ex presidente Raúl Alfonsín, que acompañado por medio centenar de radicales, pretendía dejar una corona de laureles ante el busto de Arturo Illia, en el 40 aniversario de su derrocamiento” (*La Nación*, 29/06/06). En la misma sintonía, *Clarín* sostuvo que “... Raúl Alfonsín no pudo acceder al Salón de los Bustos acompañado por otros dirigentes de la U.C.R., tal como era su intención...” (*Clarín*, 29/06/06).

Respecto de la figura de Illia, todos los significados puestos en escena caracterizan al ex presidente positivamente. *Clarín* habla de “figura emblemática”, mientras que *La Nación* sostiene que se trató de un “homenaje merecido”. En el resto de las notas publicadas, como veremos en los sucesivos párrafos, se realiza la misma operación.

Además de ese episodio, convertido en el hito noticiable de la jornada en relación con las conmemoraciones, ambos diarios optaron en esos días por articular la efeméride en torno de voces autorizadas: expertos en la materia (en este caso, un historiador y un politólogo) y protagonistas de los sucesos históricos. Así, *La Nación* recurrió a Luis Alberto Romero y publicó el domingo 25 de junio en el suplemento *Enfoques* su artículo: “A 40 años del Golpe contra Illia: el espejismo de Onganía”, y *Clarín* convocó a César Tcach para una nota de opinión titulada “Con el golpe a Illia nació un nuevo tipo de dictadura”. En los dos artículos el estilo es el de la crónica histórica, en la que si bien puede aparecer la opinión del autor, ésta se presenta como autorizada no ya por la investigación periodística o por el haber estado allí, sino por la legitimidad con que los especialistas ya cuentan en el campo académico.

Además de los expertos, las otras voces convocadas fueron las ligadas a Illia por lazos sanguíneos o por cercanía y participación en los hechos conmemorados. Emma Illia fue citada por *La Nación*, pero en esa ocasión las palabras de la hija del ex presidente parecen más destinadas a exacerbar la oposición al gobierno kirchnerista que a recordar lo acontecido 40 años atrás. Es más, el diario transcribe el siguiente comentario de la hija del ex presidente –que por cierto fuerza los hechos para ponerlos en relación-, acerca de la prohibición de homenajear a su padre en la sede gubernamental: “Me hizo acordar al 28 de junio de hace 40 años, cuando yo estuve con mi papá en la Casa Rosada, hasta que nos tuvimos que ir. Fue igual de injusto, violento, agravante. Menosprecian la civilidad” (*La Nación*, 30/06/06) (4).

La Nación también publicó un reportaje a Marcelo De Elía, el ex jefe de Granaderos, que recordaba los momentos previos al golpe y las órdenes dadas por el presidente en esas instancias. De Elía se refiere a Illia como “un hombre muy franco, muy amable, muy sencillo, no sólo por su forma de expresarse sino por su forma de vivir. Como él siempre lo contaba, era un hombre criado en el campo” (*La Nación*, 29/06/06).

En el caso de *Clarín*, el testimonio lo brindó Gregorio A. Caro Figueroa, quien era presentado como el hijo de “Carlos A. Caro, militar fiel a la defensa del gobierno constitucional de Illia”. Si bien el texto relata, a modo de crónica histórica, lo sucedido en relación con la “trama golpista”, la voz que aparece allí es la de Leandro Illia, hijo del ex presidente, relatando lo que su padre le ha contado (*Clarín*, 27/06/06).

Las voces de indudable autoridad que cada medio escoge, no sólo le confieren espesor histórico a los sucesos sino que además los ponen a distancia de un abordaje estrictamente periodístico –que los diarios asumen como propio por antonomasia- y, por ende, esto exige a cada medio de una explícita toma de posición.

En contraste con esto y a fin de señalar otras alternativas posibles, *Página12*, por ejemplo, publica en su contratapa del 28 de junio una nota firmada por el periodista Luis Bruschtein (miembro del *staff* del diario) en la que, entre otras cosas dice: “Las movilizaciones eran masivas y casi siempre terminaban en choques con la Guardia de Infantería, gases y detenidos. Las consignas eran durísimas (un poco tontas si se las compara con las actuales) contra el gobierno, le pegaban a Illia por ‘tortuga’ e ineficiente, y a los legisladores por no aprobar el aumento de presupuesto: ‘diputados, senadores, manga de traidores’, ‘zapallo, verdura, Illia a la basura’. Siempre me arrepentí del ardor adolescente con que canté esas consignas pocos días antes del golpe

del General Juan Carlos Onganía” (*Página 12*, 28/6/06). Por supuesto que los márgenes de cualquier miembro de este diario para revisar lo actuado en relación con el golpe de Estado de Onganía o incluso para mostrarse arrepentido, pueden ser amplios, ya que cualquiera de estos gestos a título personal no pone en cuestión al medio, dado que *Página 12* aún no existía en 1966. No ocurrió lo mismo, como observamos, en los casos de *Clarín* y *La Nación*.

La hora de la democracia

Arturo Illia falleció el 18 de enero de 1983, año que luego quedaría indiscutiblemente asociado en la memoria colectiva de los argentinos con el retorno de la democracia, después de años de oscuridad y terror dictatorial a cargo de las Fuerzas Armadas.

A principios de 1983 la democracia era mucho más que el anhelo de buena parte de la sociedad. Era casi un hecho. Las distintas protestas que surgieron a principios de los años 80, dan cuenta de la debacle en la que ya se encontraba el gobierno de facto. Sin duda, el hito principal fue la huelga general convocada por la CGT el 30 de marzo de 1982.

El desgaste del gobierno, las denuncias internacionales, las crisis económica (consecuencia directa de la liberación de las importaciones y la desregulación financiera, lo cual trajo aparejado altos niveles de inflación, suba de alquileres e impuestos y multiplicación de la deuda externa argentina), el inicio de un nuevo ciclo de protestas, la reaparición en escena de líderes sindicales y políticos contrarios al gobierno de facto, y finalmente la derrota en Malvinas, obligaron a la cúpula militar a postular la alternativa de un llamado a elecciones (para fines de 1983) y del retorno a la Constitución Nacional.

Como señala Romero, en 1983, “...no sólo había un repudio total de la violencia o de cualquier forma velada de guerra, sino también menos confianza en la posibilidad de encontrar una gran solución, única, radical y definitiva, y menos seguridad de que el amplio conjunto de demandas planteadas definieran un gran protagonista, un actor único de la gesta...” (5). Era el renacer de la democracia, sus valores y prácticas, que se traducían en una notoria voluntad de participación cívica (por ejemplo, a través de la masiva afiliación a los partidos políticos).

Radicalismo y democracia post mortem

Luego de la muerte del Dr. Illia, ocurrida en el año 1983, su figura adquirió una particular resignificación y revaloración. Su fallecimiento propició aún más la aparición en escena de las principales figuras sindicales y partidarias, en el año en el que las fuerzas políticas cobraban nuevamente visibilidad y presencia en el espacio público. Dirigentes de distinto signo pronunciaron sus condolencias (que los medios gráficos transcribieron una a una) y formaron parte del cortejo fúnebre. *Clarín* daba cuenta del acontecimiento y sostenía que “prácticamente no hubo figura vinculada con la política nacional, en sus más diversas manifestaciones que no se expidiese ante la expectable baja cívica que constituye el fallecimiento de Arturo Illia” (*Clarín*, 20/01/83, pág. 8).

Lo que se destaca en los artículos de *Clarín* y *La Nación*, publicados entre el 19 y el 21 de enero, es la construcción de la figura de Illia ubicada en el marco de dos trayectorias históricas trascendentes: la del partido (la Unión Cívica Radical) y la del régimen democrático argentino. Las cualidades y características de su personalidad, son entonces destacadas como un factor que lo coloca dentro de los mejores exponentes de cada una de esas líneas históricas. Así, Illia es presentado como el heredero de los dirigentes radicales históricos por *Clarín*, en tanto poseedor del “espíritu romántico que Leandro Alem había legado a sus seguidores” (*Clarín*, 19/01/83, pág. 8), o la “fiel imagen del radical yrigoyenista delineado por las proyecciones augurales de la doctrina” (*Clarín* 19/01/83, pág. 9). E incluso se convierte, a su muerte, en “la personalidad partidaria requerida a la hora de las grandes decisiones” (*Clarín*, 19/01/83, pág. 9).

Tanto *La Nación* como *Clarín* se afanaron en destacar las virtudes cívicas de Illia, caracterizándolo como el “patriarca de la democracia” que renunció a “cualquier conciliábulo que diese la espalda a la voluntad popular” (*Clarín*, 19/01/83, pág. 9), o como poseedor de una gran “dignidad cívica” (*La Nación*, 19/01/83, pág. 6). Se multiplicaron por doquier, en ambos medios gráficos, las caracterizaciones de este tipo sobre la figura de Illia a través de relatos que reconstruían su historia de vida. Quedaban eclipsados los aspectos negativos de su figura que, como veremos, fueron los sentidos privilegiados a la hora de justificar el golpe de Estado en su contra. Sin embargo *Clarín* sostenía, al respecto, que las medidas del presidente Illia “no acertaban a ser bastantes para satisfacer los reclamos de cambios sustanciales requeridos por una época de transformaciones universales” (*Clarín*, 19/01/83, pág. 9), mientras que *La Nación* señalaba que se “careció de cierta decisión en tiempos cada vez más exigidos de definiciones y mano firme...” (*La Nación*, 19/01/83, pág. 6).

A las virtudes del político público se suman las cualidades de la personalidad de Illia: “sencillez, parsimonia y su tesón”, “hombre político señalado por su honestidad ejemplar”; y su condición de médico parece adquirir también una nueva valoración positiva: “por primera vez en la historia política del país un médico asumía la primera magistratura” (*La Nación*, 19/01/83, pág. 6), “modesto galeno pueblerino consagrado sin hesitar a la vigilia sanitaria de sus vecinos (...) como político reveló similar

sensibilidad sin estridencias, igual sobriedad y cautela en aras del mejoramiento de la vida ciudadana" (*Clarín*, 19/01/83, pág. 8). Las cualidades cívicas y políticas de Illia y su apego inquebrantable a los valores democráticos, aparecen reforzadas por la construcción del momento histórico de su presidencia que *La Nación* realiza en 1983: "período complejo de la vida cívica, pero caracterizado por el respeto a las libertades públicas y por un grado aleccionante de austeridad republicana (...) pocos gobernantes debieron soportar tantas presiones y convulsiones como las que enfrentó el Dr. Illia durante los tres años de gestión (...) fue asimismo durante la gestión del presidente Illia cuando el crimen político hizo su aparición en la escena nacional" (*La Nación* 19/01/83, pág. 6). *Clarín*, en cambio, no abunda en detalles acerca del período en el que Illia fue presidente, aunque destaca que "debió gobernar en condiciones difíciles por la precariedad de su respaldo" (*Clarín*, 19/01/83, pág. 9). Pese a esto, *Clarín* realiza una interesante relectura de los quiebres institucionales llevados adelante por las Fuerzas Armadas y considera al golpe del 66 como "un modelo de la indefensión de los gobernantes argentinos civiles ante los embates castrenses inaugurados, hace 52 años, con la deposición de Yrigoyen..." (*Clarín*, 19/01/83, pág. 8).

Resulta llamativo, además, el modo en que los diarios aluden a la actuación de la prensa gráfica. En general, no hay referencias explícitas a la vinculación entre los medios masivos y la presidencia Illia o el golpe de Onganía. Aunque vale la pena mencionar las dos excepciones halladas dentro del corpus escogido: *La Nación*, en una nota del 19 de enero en la que hace un *racconto* de la trayectoria de Illia y de su participación en el campo de la política, asume la propia intervención del diario como un gesto de advertencia frente a lo que debió evitarse. Dice: "Un par de semanas antes de su deposición, producida el 28 de junio de 1966, LA NACIÓN comentaba editorialmente la posición de la Armada (...) Señalaba así nuestro diario que 'después de las dolorosas experiencias de un pasado no muy remoto ha querido dejar establecido que para ella (la Armada) apoyar el orden constitucional significa impedir el retorno de sistemas dictatoriales como los que ya conoció nuestro país' (...) No fueron escuchadas las palabras del mandatario, ni las advertencias formuladas por otros civiles o por hombres de armas de buena voluntad" (*La Nación*, 19/01/83, pág. 6).

En cambio *Clarín*, lejos de ubicarse en el centro de la escena de antaño, construye para sí mismo un lugar de observador absolutamente distante y pasivo respecto del posicionamiento de los medios. Dice acerca de Illia: "Quería llevar adelante, en un estilo reflexivo que algunos medios de difusión utilizaron como imagen de lentitud e inoperancia, medidas que había juzgado prioritarias en el campo de las libertades públicas, del ordenamiento económico, de la política educacional o del comercio exterior" (*Clarín*, 19/01/83, pág. 9 [negritas en el original]).

Sin embargo, como veremos, ninguno de estos diarios puede considerarse como prescindente en relación con los sucesos políticos de alcance nacional, o con la configuración de sus protagonistas. Como medios de gran tirada y alcance (6), y por su extensa trayectoria periodística, ambos deben ser considerados actores intervinientes e influyentes en el devenir de los hechos. Sobre todo cuando, como en 1966, la puja por la imposición de proyectos diferentes y contrapuestos, hubo de hacerse explícita y decisiva.

La política en los 60: la legitimidad de la ilegalidad

Tal como señala Lilita De Riz "el 28 de junio de 1966, un golpe militar puso fin a la segunda experiencia de un gobierno civil emprendida desde el derrocamiento del peronismo, en 1955. Ejecutado con la perfección de una operación largamente planeada, el golpe no encontró resistencias. Nadie podía sorprenderse: se había discutido abiertamente y para la mayoría de los argentinos era un hecho inevitable" (7).

El cuadro de situación previo al golpe de Estado del año 1966 podría resumirse con los siguientes factores: la inclinación de la burguesía y de los sectores liberales (liberales en lo económico y conservadores en lo político) a instalar un gobierno no democrático, el nulo apoyo político del sindicalismo peronista -liderado por el metalúrgico Vandor- a los regímenes políticos que supusieran la proscripción del peronismo, el cambio de estrategia militar -que tenía como base la abolición de los partidos políticos y la asunción de la responsabilidad en el manejo de los asuntos públicos-, y la apatía de una sociedad civil que, a grandes rasgos, veía a Illia como una figura provinciana, anacrónica e ineficaz.

Los sectores liberales, que carecían de un partido político con reales posibilidades de acceder a la presidencia y de verdadero peso en el parlamento, no habían podido resolver los problemas económicos y políticos a través del desarrollismo y del populismo reformista. Los sindicatos, por su parte, siguieron siendo de filiación peronista y ejercieron una fuerte presión de carácter extrainstitucional sobre los gobiernos posteriores a 1955. En tanto que, ya hacia 1966, la doctrina de la "seguridad nacional" se consolidaba en el ámbito de las Fuerzas Armadas, que progresivamente pasaron del aislamiento al papel de órgano de vigilancia de la autoridad civil, hasta llegar a pensarse como agente de una nueva revolución nacional, "cuyo contenido básico era, esta vez, el de la modernización por vía autoritaria" (8). La sociedad civil, carente de fe en las virtudes del sistema democrático, no reaccionó ante el golpe y hasta llegó a apoyarlo; eran pocas las voces que defendían la democracia y el sistema de partidos. Los

actores sociales predominantes, parecían construir consenso acerca de un acontecimiento cuyo carácter destacado era la ilegalidad.

El golpe finalmente ocurrió el 28 de junio de 1966 y, efectivamente, no encontró resistencias. La figura de Onganía se había posicionado como la opción única para la solución a los problemas del país y las Fuerzas Armadas representaban el agente del cambio para los nacionalistas, tanto de izquierda como de derecha.

El campo cultural en los 60. De intelectuales, ejecutivos y modernización

Los años 60 representan una década de suma complejidad en lo que a mutaciones políticas, y sobre todo sociales y culturales, se refiere. Un momento de quiebre y de articulación de nuevas ideas con perspectivas anteriores; la convergencia, por ejemplo, de la resistencia peronista con la apertura hacia la revalorización de novedosos colectivos identitarios, como el de la juventud, en una radicalización de las posiciones políticas y una exaltación heroica del ímpetu transformador. Tal como señala Gordillo: “un lugar común era la aceptación de la necesidad del ‘cambio de estructuras’. Esta idea estaba presente en todos los ámbitos; se necesitaba cambiar la estructura política, el sistema tradicional de partidos que mantenía marginada a la fuerza política mayoritaria y con ello contribuía a perder confianza en el sistema democrático representativo. Así, hasta la misma idea de democracia comenzó a ser subestimada” (9).

En términos de diversificación de los consumos culturales, las transformaciones de la década aparecen claramente delineadas por el surgimiento de nuevos públicos y medios de comunicación. De acuerdo con lo que postulan Alvarado y Rocco-Cuzzi: “Un público ampliado, con un poder adquisitivo más ‘holgado’, que fluctuaría entre dos polos: por un lado, los ‘flamantes ejecutivos’, cuya práctica laboral gira en torno de empresas multinacionales, y, por otro, importantes segmentos de la clase media intelectual, cuyo quehacer recibe un reconocimiento mayor que en épocas precedentes” (10). En ese contexto, una de las características más destacadas del período fue el auge de las revistas. Según lo que señala Ponza: “La aparición de más de media centena de publicaciones políticas y culturales a partir de mediados de la década de 1950 y primeros años del sesenta convirtió rápidamente el formato *revista* en el principal punto de encuentro, medio de expresión, debate e intercambio de ideas de una incipiente red de jóvenes críticos del orden político-social establecido en la época” (11).

Un componente típico del campo de medios gráficos del período fue el *semanario*. Entre ellos, algunos de los más conocidos fueron *Confirmado*, creado en 1965; y *Primera Plana*, aparecido entre 1962 y 1969. Como ejemplo emblemático, *Primera Plana* (en un primer momento ligado al sector azul del ejército) construyó un discurso que remitía explícitamente a lo novedoso, en dos sentidos complementarios. Por una parte, el eje de la publicación estaba en la renovación del estilo y del lenguaje periodístico, sobre todo por su intersección con las pautas estilísticas de corte literario; pero además, la búsqueda de incorporar lo nuevo implicaba la manifiesta voluntad de modernización a ultranza, que se traducía en la promoción de la eficacia de esa modernización como valor superior al de una democracia presentada como meramente “formal”. De acuerdo con Mazzei, *Primera Plana* “representó, también, la profunda contradicción de una parte de la sociedad argentina de aquellos años. En sus páginas convivía la modernización económica del desarrollismo con las formas más progresistas del arte y la cultura. Pero también un profundo escepticismo frente al sistema democrático que llevó al semanario a apoyar la llegada al poder de un régimen reaccionario y autoritario” (12).

Precisamente, estos semanarios, con *Primera Plana* a la cabeza, fueron sindicados por numerosos investigadores como los instigadores del golpe militar, sobre la base de la exaltación de la figura de Juan C. Onganía y el concomitante desprestigio de la del Dr. Illia. La eficiencia, la modernización, el orden y el “destino de grandeza” innato a la Nación argentina eran algunos de los sentidos privilegiados por los redactores de la revista y estaban en las antípodas de la figura y el gobierno de Illia. Estos valores supremos se encarnaban en el general Onganía, cuya figura se convirtió en emblemáticamente capacitada para otorgar a la Nación un cambio rotundo en las políticas, apoyado por un grupo de tecnócratas, militares y hombres de negocios -figuras modelo de la nueva sociedad argentina-. De esta manera, “la política dejaría el lugar a la administración con el resultante predominio de técnicos situados por encima de los intereses sectoriales y capaces de proponer e implementar las soluciones óptimas” (13). La eficacia y la eficiencia se constituyeron como valores máximos, incluso por encima de los valores de la democracia.

Respecto de Illia, en el trienio 1963-1966 cobraron importancia dos caricaturas que impactaron en el imaginario social de la época: una de ellas, que apareció en *Primera Plana*, representaba a Illia como un anciano inmutable en cuya cabeza se posaba una paloma; la segunda, publicada en el diario *Crónica*, lo identificaba con una tortuga (14).

Tanto la revista *Primera Plana* como *Confirmado* no sólo cargaron contra la figura presidencial, sino que también lo hicieron sobre el sistema democrático. Desde sus páginas “se insinuaba cada vez con mayor vigor que los partidos eran estructuras caducas e ineficientes, y sus políticos fáciles presas de la demagogia en una época signada por el dinamismo, el marketing, los ejecutivos jóvenes y exitosos. Desde su óptica, la modernización exigía ‘superar’ al parlamento, empantanado de retórica antigua y dañino

populismo” (15).

Si bien no revisaremos aquí en profundidad la construcciones propuestas por los semanarios de la época, es insoslayable la influencia que la intervención de los órganos de la prensa gráfica ha tenido en la consolidación de alguno de los proyectos (tanto en el nivel nacional, como en el interior de las Fuerzas Armadas) en pugna, a partir de la construcción de caracterizaciones – muchas veces lindando con lo grotesco- de sus protagonistas. Pero, más allá de eso, nos permitimos dudar de algunas afirmaciones que sostienen que fueron los medios, a partir de una campaña manipuladora y de desprestigio, los responsables últimos del surgimiento de un clima de época propicio para la interrupción del orden constitucional.

Crónica de un golpe anunciado

En 1966 *La Nación* era un matutino casi centenario y, desde 1870, se autoproclamaba como una “tribuna de doctrina”. *Clarín*, en circulación desde 1945, en los sesenta ya se había consolidado y se presentaba desde sus páginas como “el diario para toda la familia” y “el matutino de mayor circulación”. Efectivamente, *Clarín* había asentado su posición sobre la base del crecimiento de los sectores medios que venía produciéndose desde décadas atrás. *La Nación* mantenía su preeminencia entre los sectores altos, tanto como su lealtad para con los “hombres del campo” (tal la denominación que el diario solía emplear para referirse a los grandes terratenientes e integrantes de la Sociedad Rural Argentina). En la década del 60, cada uno de ellos contaba con sus propias pautas para la labor periodística, relativamente constantes y establecidas (16), y unos criterios estilísticos y de lenguaje que no se habían visto modificados sustancialmente por la renovación que era evidente en otros medios gráficos de la época.

En las semanas anteriores al golpe de 1966 (y también en los días inmediatamente previos y siguientes), *La Nación* -desde su habitual modalidad de intervención prescriptiva, partiendo de una construcción de su legitimidad basada en su tradición (17)-, optó por referir, en sus editoriales, a la coyuntura nacional, señalando los elementos a tener en cuenta, los actores partícipes del juego político y los caminos posibles; sin privarse de postular su posicionamiento, en torno de los principales factores de preocupación: la posibilidad de quiebre institucional y el retorno del peronismo.

Por el contrario, *Clarín* trataba sus editoriales de modo totalmente diferente. En la semana del golpe, abordó temas como la aftosa, las empresas telefónicas privadas, las exportaciones de trigo, la Ley de arrendamientos rurales, las reservas del BCRA, la importación de maquinarias, entre otros. Evidentemente, no era ese el espacio que el diario se reservaba para articular su opinión acerca de la apremiante situación política.

Es importante destacar que en las crónicas de *Clarín*, en los días previos al golpe, el descontento castrense cobra gran protagonismo, mientras que de Illia sólo se comenta, en una muy breve nota, que viaja a la provincia de Córdoba a inaugurar obras. Incluso se constituyen como noticiables las voces civiles críticas del gobierno; en este caso la de los dirigentes políticos opositores que reclaman, en igual sintonía que las voces militares, transformaciones, acciones concretas, etc. *Clarín* le cede la palabra al ex presidente Frondizi, quien sostiene que “en la Argentina de 1966, el gobierno actual constituye un anacronismo” (*Clarín*, 26/06/66, pág. 30).

A pesar del ideario de la época, en el que –como hemos visto- no tenía mayor gravitación la valoración del sistema democrático o el respeto por los derechos constitucionales, y menos aún la imagen de los representantes de la política partidaria, “en los primeros meses de 1966 la reflexión política del matutino [*La Nación*] fue más civilista que la de buena parte de la población, aun cuando esto no significó la adopción de una actitud de defensa a ultranza de las instituciones (18). En su resumen editorial, aparecido cuando el golpe era prácticamente un acontecimiento de dominio –y aceptación- público, todavía *La Nación* insistía con que “los teóricos del golpe de Estado se limitan a sugerir, como salida, lo mismo que reprochan en otros campos de su acción a las actuales autoridades: una postergación en procura de que el tiempo, y un acontecimiento biológico, cambien las circunstancias...” (*La Nación*, 26/06/66, pág. 6)

Finalmente, una vez producido el golpe, *La Nación* no criticó abiertamente a las nuevas autoridades, pero se permitió dudar del proceso revolucionario recién iniciado: “en sus aspectos públicos, el proceso que culminó con el derrocamiento del gobierno elegido en 1963 no arroja todavía una luz clara sobre los objetivos de fondo; es decir, lo que está más allá de la empresa de privar a un presidente de su función constitucional (...) La de ahora es una revolución con caracteres, en principio, originales. No tuvo una proclama que, a manera de grito de vanguardia, abriese camino hacia la conquista de adhesiones” (*La Nación*, 29/06/66, editorial). Pese a la defensa de las instituciones, no ahorra en duras críticas hacia el ex presidente utilizando similares argumentos a los esgrimidos por otros medios gráficos, por ejemplo el citado caso de la revista *Primera Plana*, pero con menos carga de agresividad. Al respecto sostiene que “... en lugar de hechos concretos se oyeron en labios del ex mandatario diluidas exhortaciones” y, según el diario, “... el motivo del golpe ha sido el de llenar una vacancia de autoridad...” (*La Nación*, 29/06/66, editorial). Frente a esta quietud, también *La Nación* sostiene la necesidad de contar con técnicos y especialistas para lograr la demorada modernización de la nación.

Llamativamente, *Clarín*, ni siquiera construyó en sus artículos la idea de golpe de Estado o de quiebre institucional; sólo se habla de la “Revolución argentina”. Por el contrario, al día siguiente del derrocamiento, el matutino refirió en su tapa al “juramento [de J. C. Onganía] como presidente de la República”, “al nuevo Jefe de Estado” y al “nuevo proceso institucional” (*Clarín*, 29/06/66, tapa). Incluso se sostenía que “en todo el territorio de la Nación hay total normalidad” (*Clarín*, 29/06/66, pág. 9). Por lo demás, la llegada de Onganía al poder fue presentada como un evento festivo que se produjo “con total normalidad en todo el territorio” (*Clarín*, 29/06/66, pág. 9) y que aparecía desligado de cualquier rasgo de disruptividad. El “presidente de la Nación” recibía ese día “un incesante ir y venir de visitantes” (*Clarín*, 29/06/66, pág. 9). Se trataba, sin duda, de un momento festivo y multitudinario. A través de una crónica, en la que abundan los toques de color, *Clarín* publicó sobre el acto de asunción: en una “tocante ceremonia”, “Onganía sonríe” y “la concurrencia prorrumpe en aplausos una y otra vez” (*Clarín*, 30/06/66, pág. 4); “una verdadera ovación subrayó el acto (...) enorme concurrencia en al ceremonia de juramento (...) interminable fila de personas para saludarlo (...) representantes de los más diversos sectores de la opinión pública” (*Clarín*, 29/06/66, pág. 5). La destitución del gobierno e incluso “la disolución de todos los partidos políticos” son nuevamente referidas como si se tratara de un hecho absolutamente normal (*Clarín*, 29/06/66). De la misma manera, la intervención de las radios, de los canales de televisión y de la Secretaría de Comunicaciones, si bien aparece como hecho noticiable, se presenta como una medida más de las tomadas por el gobierno recién asumido. Por ejemplo, en *Clarín*, el epígrafe de una foto del día 29 señala que “un militar explica a los periodistas el sentido del control de las radios y otros medios de difusión” (*Clarín*, 29/06/66, pág. 9) (19).

Casi inmediatamente, Illia pasaba a ocupar, en las noticias de *Clarín*, un lugar aún más marginal. Si *La Nación* daba cuenta, después del golpe, de “la repercusión de los sucesos en el despacho de Illia” (*La Nación*, 28/06/66, tapa y pág.16), y días más tarde remitía a cierta preocupación por su futuro (el 29/06 y el 01/07 se ocupó, por ejemplo, de la residencia de Illia, en casa de su hermano y de las visitas que allí recibió); *Clarín* reservaba espacios ínfimos del diario para referirse a Illia e incluso sostenía, abonando la teoría sobre la parsimonia del ex presidente, que “tampoco ayer la actividad registrada en la finca de Martínez justificó la ininterrumpida expectación periodística” (*Clarín*, 02/07/66, pág. 14).

Sin duda, la personalidad que hegemoniza, visual y discursivamente, las páginas de *Clarín* en el corpus analizado es la de Onganía. El nuevo presidente es presentado allí como “fanático de la disciplina y del orden (...) silencioso, reservado, de pocas palabras, siempre muy claras”, “enemigo de la publicidad y la ostentación”, que “llegó al poder sin hacer disparar un solo tiro” y con el cual “las relaciones son fáciles por sus buenas maneras”, entre otras cosas (*Clarín*, 30/06/66, pág. 5). Además se lo muestra como un personaje verdaderamente activo; incluso en su domicilio particular: “intensa actividad se observó (...) en el domicilio del teniente general Juan Carlos Onganía” (*Clarín*, 29/06/66, pág. 8). Pero además, y a pesar de que “la imagen del hombre aparece eclipsada por la del militar” (*Clarín*, 30/06/66, pág. 5), el diario se esmera en presentarlo como alguien afectuoso y familiar que, en la ceremonia de asunción, “sonrió unos instantes a la concurrencia y miró a su esposa e hijos, que se hallaban al borde del proscenio” (*Clarín*, 30/06/66, pág. 4) y cuya pasión son los nietos (*Clarín*, 30/06/66, pág. 5). Evidentemente, de lo que se trata es de presentar una construcción lo más “humanizada” posible del nuevo presidente.

La Nación no destacó el vínculo del Gral. Onganía con sus afectos, pero sí puso el acento en algunas de las que presentaba como sus cualidades: “sobrio en sus gustos, escueto en su lenguaje, de indiscutible firmeza en su carácter” (*La Nación*, 29/06/66, tapa).

Las caracterizaciones propuestas por estos dos diarios, no dejaban de enfatizar, de un modo u otro, las diferencias que separaban al hombre que dejaba la presidencia con el que la asumía. En *Clarín*, la omisión de toda referencia a Illia y la exaltación de las virtudes de Onganía, parecen una constante en los días inmediatamente posteriores al golpe. Y, aun cuando *La Nación* no dejó de presentar a Illia como un hombre probo, se trataba de alguien que “prefirió encerrarse en un empecinamiento inmutable, sin comprender que su margen operativo se estrechaba no tanto como derivación de las presiones sino como resultado de una visión fragmentaria de la realidad” (*La Nación*, 29/06/66, editorial). Así, frente a las “diluidas exhortaciones” que “se oyeron de labios del ex mandatario” (*La Nación*, 29/06/66, editorial), el nuevo gobierno representaba “el fin del proceso que nos ha inmovilizado” (según las palabras del propio Onganía que el diario destaca como título en tapa el 01/07/66).

Para cerrar el análisis

Sin duda, los medios masivos de comunicación cuentan con la potestad de orientar formas de ver y de pensar sobre ciertos temas y enfoques, a la vez que pueden suprimir o denostar otros. Sin embargo, los discursos de los medios están inmersos en -y condicionados por- el horizonte de lo decible y lo posible de cada momento histórico; lo cual implica que sus construcciones discursivas no actúan sobre un vacío de sentido. Por muy disruptivos o transgresores que fueran los discursos mediáticos, es difícil pensar que, por ellos mismos, podrían modificar radicalmente las ideas y acciones de su público lector.

En situaciones históricas como las que hemos analizado aquí, resulta difícil sostener que basta con la acción de los medios

gráficos para, por ejemplo, crear el clima necesario para la interrupción del orden constitucional. No obstante ello, no puede negarse la acción de los medios y la efectividad de sus recursos. Sin lugar a dudas, la inacción colectiva frente a un golpe de Estado –cuando no la aprobación y aceptación- no es ajena a los sentidos construidos en ese momento por los medios de comunicación, pero no se explica sólo por ellos.

Durante su presidencia, Illia era caracterizado, a grandes rasgos, como un hombre parsimonioso y con una visión ingenua de la realidad, y su condición de médico rural y su lentitud en la toma de decisiones no hacían más que reforzar los argumentos que lo acercaban a la ineptitud y al ridículo. Como contrafigura, Onganía aparecía portando el tesón, la firmeza y la acción que, según se daba por sabido y consensuado, el momento requería.

Como hemos visto, cuando en 1983 se produce el fallecimiento de Illia, éste es un hombre sobrio, cauteloso, sensible, fiel, digno, sencillo, parsimonioso, honesto, entre otras cosas. Y, en realidad, las caracterizaciones de la figura ya desaparecida no difieren sustancialmente de lo que de él se ha dicho en la prensa durante su gobierno. Pero a diecisiete años del golpe de Onganía, y luego de un ajetreado derrotero político, cuando la democracia está a punto de retornar, el recuerdo del “modesto galeno pueblerino sin estridencias” adquiere una connotación muy otra. Esto sin duda responde a razones del devenir de la sociedad que no pueden explicarse solamente por el modo en que los medios han caracterizado a Illia en cada período. Uno y otro momento aparecen signados por valoraciones de la democracia muy diferentes. Si en los sesentas, el imperativo era la transformación de las estructuras, y su relevo por un sistema más pragmático y eficiente; en los ochentas la democracia es la utopía de la participación y la legalidad, aun a costa de tiempos largos y procesos arduos. La libertad y la justicia habían adquirido nuevas significaciones. Y junto con ello, la democracia volvía a ser el escenario virtuoso para la convivencia y la construcción social. También para la construcción de nuevos sentidos.

Notas

- (1) Martini, S., “Una formalización de los relatos de control”, en cuadernillo de cátedra del seminario *Los relatos de control en los medios: perspectivas críticas*, Cátedra Martini, Buenos Aires, U.B.A., 2002, pág. 9.
- (2) Cavarozzi, M., *Autoritarismo y democracia*, Eudeba, Buenos Aires, 2002, pág. 17.
- (3) Entendemos a la noticia como “la construcción periodística de un acontecimiento cuya novedad, imprevisibilidad y efectos futuros sobre la sociedad lo ubican públicamente para su reconocimiento” (Martini, 2000: 33).
- (4) Se observa una semejanza entre el discurso del medio gráfico y el producido por Emma Illia: en ambos se destacan el carácter autoritario del gobierno de turno y el peligro que conllevan ciertas acciones del poder ejecutivo. El tono de las críticas parece ir de la mano de la (mala) relación entre el diario *La Nación* y el presidente Kirchner.
- (5) Romero, L., *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 200, pág. 238.
- (6) *Clarín* y *La Nación* tuvieron, respectivamente, una tirada promedio mensual de 353.000 y 216.000 ejemplares durante 1966; y de 507.000 y 205.000 ejemplares en el año 1983. (Fuente: Instituto Verificador de Circulaciones).
- (7) De Riz, L., *La política en suspenso, 1966-1976*, Paidós, Buenos Aires, 2000, pág. 13.
- (8) Altamirano, C., *Bajo el signo de las masas: 194 –1973*, Editorial Ariel, Buenos Aires, 2001, pág. 80.
- (9) Gordillo, M., *Córdoba en los '60. La experiencia del sindicalismo combativo*, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1996, pág.187.
- (10) Alvarado, M. y Rocco-Cuzzi, R., “Primera Plana, el nuevo discurso periodístico de la década del 60” en *Punto de Vista*, Nro. 22, Buenos Aires, diciembre de 1984, pág. 66.
- (11) Ponza, P., “Periodismo crítico: Las publicaciones político-culturales de los sesenta-setenta (1955-1973). Breve análisis discursivo de las revistas Contorno, Pasado y Presente, y Cristianismo y Revolución.”, XI Jornadas Interescuelas, ISBN 978-950-554-540-7, Tucumán, septiembre 2007, pág. 3.
- (12) Mazzei, D., “Periodismo y política en los años '60: Primera Plana y el golpe militar de 1966” en *Entre pasados*, Revista de Historia, Año IV, Nro. 7, Buenos Aires, 1994, pág. 40.
- (13) Cavarozzi, *op. cit.*, pág. 49.
- (14) Nos referimos a las caricaturas creadas por los dibujantes Flax (Lino Palacios) y Landrú (Juan C. Colombres), que fueron (entonces y luego) ampliamente difundidas.
- (15) Tcach, C. y Rodríguez, C., *Arturo Illia, un sueño breve. El rol del peronismo y de los Estados Unidos en el golpe militar de 1966*, Edhasa, Buenos Aires, 2006, pág. 142.
- (16) Estamos refiriéndonos aquí a la existencia de una serie de invariantes estilísticas y temáticas, que conforman lo que Eliseo Verón ha conceptualizado como “contrato de lectura”, sobre el que se funda la relación entre un medio de comunicación y su público lector (Verón, 1985)
- (17) Sidicaro, R., *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1993, pág. 520 y ss.
- (18) Sidicaro, *op. cit.*, pág. 318.
- (19) De todos modos, es necesario tener en cuenta que más allá de los posicionamientos que cada medio asumiera frente a los acontecimientos políticos, la censura y la posibilidad de intervención no podía dejar de pesar sobre las decisiones editoriales.

Bibliografía

Altamirano, C., *Bajo el signo de las masas: 194 –1973*, Editorial Ariel, Buenos Aires, 2001.

Alvarado, M. y Rocco-Cuzzi, R., "Primera Plana, el nuevo discurso periodístico de la década del 60" en *Punto de Vista*, Nro. 22, Buenos Aires, diciembre de 1984.

Cavarozzi, M., *Autoritarismo y democracia*, Eudeba, Buenos Aires, 2002.

De Riz, L., *La política en suspenso, 1966-1976*, Paidós, Buenos Aires, 2000.

Gordillo, M., *Córdoba en los '60. La experiencia del sindicalismo combativo*, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1996.

Lobato, M. y Suriano, J., *La protesta social en la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.

Martini S., *Periodismo, noticia y noticiabilidad*, Editorial Norma, Buenos Aires, 2000.

Martini S., "Una formalización de los relatos de control", en cuadernillo de cátedra del seminario *Los relatos de control en los medios: perspectivas críticas*, Cátedra Martini, Buenos Aires, UBA, 2002.

Mazzei, D., "Periodismo y política en los años '60: Primera Plana y el golpe militar de 1966" en *Entrepasados*, Revista de Historia, Año IV, Nro. 7, Buenos Aires, 1994.

Ponza, P., "Periodismo crítico: Las publicaciones político-culturales de los sesenta-setenta (1955-1973). Breve análisis discursivo de las revistas Contorno, Pasado y Presente, y Cristianismo y Revolución.", XI Jornadas Interescuelas, ISBN 978-950-554-540-7, Tucumán, Septiembre 2007.

Pozzi, P., *Oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*, Contrapunto, Buenos Aires, 1988

Quiroga, H., "El tiempo del proceso" en Juan Suriano (Director), *Dictadura y democracia (1976-2001)*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005.

Romero, L., *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001.

Sidicaro, R., *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1993.

Smulovitz, C., *Opposition and goverment in Argentina. The Frondizi and Illia administrations*, The Pennsylvania State University, 1991.

Tcach, C. y Rodríguez, C., *Arturo Illia, un sueño breve. El rol del peronismo y de los Estados Unidos en el golpe militar de 1966*, Edhasa, Buenos Aires, 2006.

Terán, O., *Nuestros años '60*, Puntosur, Buenos Aires, 1991.

Verón, E., *El análisis del contrato de lectura: un nuevo método para los estudios de posicionamiento en los soportes de los medios*, IREP, París, 1985.

Vezzetti, H., *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.